

FRANCISCO GUTIERREZ LLANO

# CLARIN

## HOMBRE DE SU TIEMPO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO

*Artículo escrito por mi. Premiado con  
2.000 Ptas. en la Universidad.*



OVIEDO

1952

*Mariano Fariña*

FRANCISCO SUTERRIZ LLANO

CLARIN

HOMBRE DE SU TIEMPO

"CLARIN"

HOMBRE DE SU TIEMPO

OVIEDO

1952

FRANCISCO GUTIERREZ LLANO

# CLARIN

HOMBRE DE SU TIEMPO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO



OVIEDO  
EDITORIAL LA NUEVA ESPAÑA

1952

FRANCISCO GUTIERREZ LLANO

# CLARIN

HOMBRE DE SU TIEMPO

SINDICATO ESPAÑOL UNIVERSITARIO



OVIEDO

Edición de la Nueva Época

1952

El presente trabajo resultó galardonado con el primer premio en el Concurso que la Jefatura Provincial del S. E. U. convocó a través del Servicio de Formación Profesional, entre los estudiantes ovetenses

Oviedo-Junio-1952

## Proemio

La personalidad de "Clarín" ha sido motivo de apasionada discusión en vida y aún más después de su muerte. Graves contratiempos se habían creado y grandes beneficios sembró a lo largo de su intervención como crítico en bien de un porvenir para las letras españolas. No obstante, aún no se ha puesto de acuerdo la crítica para emitir un juicio que circule como reconocido y auténtico. Ninguna figura, entre tantas relevantes que ha dado el siglo pasado, llega a nuestros días con un nombre literario tan confuso, exiguo y amplio a la vez, respaldado, unas veces por las opiniones de sus correligionarios políticos, otras por las censuras de sus enemigos, engendrados en medio del desaire y multiplicados por los juicios del dictador literario.

Ante esta situación interesa desarrollar, sobre todo, lo que puede llamarse cara y cruz, es decir, sus beneficios y sus perjuicios, considerándolo especialmente bajo el título de "CLARÍN, HOMBRE DE SU TIEMPO", que viene a ser, revisión o revalorización del autor de *La Regenta*, encuadrado en su época. Para ello consideramos que, al hacer nuestro estudio sobre "Clarín" y su postura ante la realidad social de la época, hemos de basarnos más en el análisis de su obra que en las consecuencias que pudieran derivarse de un conocimiento más o menos exacto de su vida. Porque solamente a través de aquélla es posible perfilar y traslucir lo que para él representa su mundo.

Trataremos de discernir, por tanto, las distintas direcciones de su producción, para llegar a un conocimiento de su ideología y de la postura que adopta respecto a las instituciones de su siglo.

La narración de su vida carece de gran importancia, ya que "Clarín" ha sido un hombre de biografía pobre. Los trabajadores intelectuales, los eruditos, han tenido una biografía de escaso relieve humano. Menéndez y Pelayo consumió su vida entre sombríos muros de archivos y bibliotecas, sin más acontecimientos ni quehaceres que la incesante lectura y la callada elaboración de su obra. "Clarín" concluyó su carrera "de un periquete", tales son sus palabras, y consagró todos los días de su vida al mismo menester que el ilustre santanderino. La biografía de Leopoldo Alas es tan escueta como la de cualquier ovetense de su tiempo. En el siglo XIX, la vida en Oviedo tenía algo de recoleto. Eran los días tristes, por la insistencia con que el agua caía sobre la ciudad, sin excepción de épocas. Como, además, los espectáculos públicos no se prodigaban con la frecuencia que en nuestros días, los ciudadanos se refugiaban en sus casas y se procuraban quehaceres, bien de pasatiempo, bien de provechosos fines; pero siempre duraderos hasta los días estivales.

Para "Clarín", los inviernos eran de continuo, de apurado trabajo, a fin de atender con sus colaboraciones las exigencias de gran parte de la prensa española. Elaboraba a la vez sus libros y atendía su cátedra, donde vertía su ingenio y celo, quedando sus explicaciones como alto valor de la gran obra de un pedagogo. Con el término del curso académico trasladábase a su finca de Guimarán, en el concejo de Carreño, y allí, aislado de toda algazara de la sociedad, continuaba su incesante trabajo, con el mismo silencio y con la misma intensidad que en pleno invierno. Fué la vida de "Clarín" la de un provinciano, y sin dejar de serlo logró hacer su nombre universal, alabado o censurado, bueno o malo, pero, al fin, objeto de estudio.

Al intentar el estudio de su obra, es menester separar su labor como crítico. A un lado ésta, la producción narrativa puede desdoblarse en un doble aspecto: como novelista y como cuentista. Basta esto para determinar—con un concepto ecuánime—la significación literaria del mismo. Aparte, como ya antes indicados, hay que considerar su labor en la cátedra. Todo lo cual ha hecho que de él haya

dicho Campoamor "que desde su retiro de Oviedo agitaba tantas ideas como el Padre Feijóo en su tiempo desde su celda de San Vicente".

Consideramos que una reconstrucción detallada de su biografía no es esencial para nuestro ensayo. Sería interesante esta cuestión, a nuestra parecer, cuando se trate de identificar, desde el punto de vista patológico, una vida de grandes pasiones o de grandes vicios; asimismo, al estudiar la vida de un hombre que logra renovar viejas normas en la cultura, a fin de ver los móviles que le insinuaron la transformación o la ampliación de una ciencia, de un arte, o de una sociedad. Con todo, no podemos pasar por alto algunos de los acontecimientos fundamentales de su época, que han influido poderosamente en él, y que nos ayudan al enjuiciamiento de su persona. Uno es la revolución de septiembre de 1868, en la que se exacerbaban los sentimientos políticos y el sentido de la libertad; otro, el fenómeno, siquiera haya sido muy efímero, de la difusión universitaria del krausismo en nuestra Patria. Todas las demás vicisitudes de su vida son las de un hombre que vive y muere en el pacífico rincón de "Vetusta", sin comunicarse con el resto del mundo más que por mediación de las letras de molde, pero que siempre imprime en el más sencillo de sus actos el sello de una vigorosa y definida personalidad.

— 9 —

dicho "Lamparar" que desde su retiro de Oviedo agitada tantas ideas como el Padre Feijó en su tiempo desde su celda de San Vicente". Consideramos que una reconstrucción detallada de su biografía no es esencial para nuestro ensayo. Esta cuestión, a nuestra parecer, cuando se trata de identificar desde el punto de vista patológico, una vida de grandes pasiones o de grandes vicios; al estudiar la vida de un hombre que logra renovar viejas normas en la cultura, a fin de ver los motivos que le inspiraron la transformación o la ampliación de una ciencia, de un arte, o de una sociedad. Con todo, no podemos pasar por alto algunos de los acontecimientos fundamentales de su época, que han influido poderosamente en él, y que nos ayudan al entendimiento de su persona. Uno es la revolución de septiembre de 1868, en la que se exageraban los sentimientos políticos y el sentido de la libertad; otro, el fenómeno, que aya sido muy efímero, de la difusión universitaria del krausismo en nuestra Patria. Todas las demás vicisitudes de su vida son las de un hombre que vive y muere en el pacífico rincón de "Vestusta", sin comunicarse con el resto del mundo más que por mediación de las letras de molde, pero que siempre imprime en el más sencillo de sus actos el sello de una vigorosa y definida personalidad.

## I.—SU POSICION ANTE LA RELIGION Y LA FILOSOFIA

La Religión y la Filosofía se han manifestado en toda sociedad histórica, y, dada su influencia sobre el individuo a través de los siglos, han de ocuparnos un primer lugar al hacer el estudio de "Clarín". Para llegar, por tanto, a un completo conocimiento de su personalidad, es menester analizar su postura ante ellas.

Era Leopoldo Alas en su Juventud un muchacho profundamente religioso, educado en el convento de jesuitas de San Marcos, de León, y muy apegado a las costumbres y tradiciones de sus mayores, devotísimos, especialmente su madre, doña Leocadia Ureña.

Los acontecimientos literarios acaecidos en el mes de septiembre de 1868, con motivo del destronamiento de la reina Isabel II, mellaron en no pequeña parte el espíritu de aquel estudioso joven, acreedor de premios y lector infatigable. En el mes de octubre de este año, juntas revolucionarias de España llevaban a la sazón las más tremendas herejías. En Huesca se ordenó quitar de las torres las campanas que no fueran "absolutamente necesarias"; y asimismo, la reducción a tres de los conventos de monjas que había en aquella ciudad, como también la incautación de los respectivos edificios. En Valladolid se convirtió en club la iglesia de los Monteses y se mandó destrozar "a martillazos", no sin grave peligro de los transeúntes, las campanas de todas las iglesias, dejando en cada cual sólo una.

Un periódico de Palencia comentaba con regocijo la demolición de templos, y exclamaba: "¡Envolvámonos en ruinas gloriosas!"

Interminable sería el relato crudo y abominable de tantas y tantas atrocidades que se llevaron a cabo en aquella fecha.

En Oviedo sabemos por Palacio Valdés que el elemento estudiantil se apoderó del busto de la reina Isabel, erigido en el patio, y lo arrastró por las calles de la ciudad amarrado con una soga por el cuello, en medio de gran algazara.

Era aquella juventud víctima de un equívoco sentido del concepto de la libertad; y las erróneas ideas que se escondían detrás de estas palabras, que tan bien sonaba en sus oídos, comenzaban a ser motivo de grandes trastornos en el cerebro de los jóvenes.

De estas palabras difusas, de estas grandezas de cartón y papel rizado hubo de arrepentirse "Clarín" cuando ya era un hombre. Fue entonces cuando la pluma del cuentista quiso probarse a sí mismo, quiso probar al hombre que la manejaba, y para ello escribió las mejores páginas de su vida. Eran todas de asuntos en que se hablaba de moral y de religión. Con ello, "Clarín" tranquilizaba sus nervios y frenaba aquella máquina de su imaginación, que trabajaba incesante, movida por la fiebre.

Con el término de su carrera de leyes (1870-1871) trasladóse a Madrid, y su idea religiosa, incólume hasta entonces, comenzó a enturbiarse con los tintes de una doctrina raquítica, denominada krausista, que explicaba o había explicado Giner de los Ríos en la Universidad Central. Estas influencias están reflejadas en su cuento *Zurita*, magífica narración en la que se trata de la vida de un estudiante sumergido y atribulado en un mundo de ideas krausistas.

La filosofía krausista no era en 1870 una revelación para los españoles, pues ya Balmes había alcanzado a estudiar en traducciones, la "Crítica de la razón pura", la "Doctrina de la ciencia" y el "Sistema de la identidad". Sus conocimientos del sistema de Krause los expuso con un concepto bastante claro en la *Historia de la Filosofía*, si bien se asesoró no poco en las *Lecciones de Psicología de Ahrens*.

Esta filosofía surge de Carlos Krause, idealista y panteísta germano, cuya doctrina, en el fondo, no difiere del sistema de Schelling, ni tampoco está lejos de Espinosa. El Ser Supremo—nos dice—se manifiesta en la Naturaleza y en el Espíritu, teniendo con ellos comunidad de esencia.

Su nota original está en la ambigüedad de sus formas atenuadoras del panteísmo, con la vana pretensión de hacerlo compatible con el cristianismo. Por eso se llama él, a sí mismo, panenteísta. Su influencia es enorme entre los cultivadores de la Filosofía española a fines del siglo XIX; sin embargo, fuera de España cayó pronto este autor en el olvido.

Hacia 1843, el Ministro de la Gobernación, don Pedro Gómez de la Serna, envió pensionado a don Julián Sanz del Río, antiguo colegial del Sacro-Monte, para que estudiara en Alemania el sistema filosófico de Krause. Allí permaneció durante tres años. Ya recién llegado, aquellos sistemas filosóficos que explicaban en la Universidad de Heidelberg, Leonhardi y Roeder, confundieron su entendimiento. Una vez de vuelta, introdujo sus enigmáticas imitaciones de Krause, que constituyeron el catecismo de los afiliados a la Institución Libre de Enseñanza.

En 1857, siendo catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, cúpole a Sanz del Río en turno la oración inaugural en dicho curso, que versó sobre la doctrina krausista, desfigurada por su concepto confuso, incierto, idealizado.

Discípulos de Julián Sanz del Río fueron Canalejas, Castelar y otros.

La evolución ideológica de "Clarín" se perfila de un modo definitivo en su cuento *Cambio de luz*, retazo de su autobiografía. Justifica aún más su evolución un breve tomo titulado *Cuentos Morales* (Madrid, 1896), en cuyo prólogo señala el autor sus preocupaciones religiosas, su anhelante deseo de llegar y permanecer siempre en la verdad, cerca de Dios.

Sus últimos años son de constante estudio y de continua meditación. San Francisco de Asís, Santa Teresa de Jesús, constituían para él un amplio ejemplo del que no debería prescindir nunca en su vida.

Cierto es que la posición de don Leopoldo Alas en materia religiosa está enturbiada por las despiadadas sátiras que reiteradamente lanza contra el clero. Sin embargo, a pesar de estos ataques, escritos quizás a fuerte impulso de su espíritu crítico y renovador, "Clarín", en lo hondo de su espíritu, trasluce un alma profundamente espiritual.

Así, al ocuparse de criticar la *Unidad Católica*, libro escrito por



su compañero el catedrático don Víctor Díaz Ordóñez, escribía "Clarín" unas líneas que bastan para convencerse de su resuelta adhesión al Catolicismo:

"Nuestros librepensadores confesos, debieran pensar que para ellos el Dios de los católicos no debe ser un Dios enemigo, sino un esfuerzo vigoroso del espíritu humano trabajando siglos y siglos en las razas más nobles del mundo; una idea que progresa a través de símbolos y confesiones teológicas y morales. Desde este punto de vista, yo no concibo un buen español, reflexivo, que se considere extraño al Catolicismo por todos conceptos. ¡Ah!, no; sea lo que sea de mis ideas actuales, yo no puedo renegar de lo que hizo por mí Pelayo (o quien fuese), ni de lo que hizo por mí mi padre. Mi historia natural y mi historia nacional me atan con cadenas de realidad, dulces cadenas, al amor del Catolicismo... como una obra humana y como una obra española."

Es todavía más importante lo que, referente al Sacrificio de la Santa Misa, dice en este mismo ensayo:

"Y más ve y más oye el que oye misa bien: ve la sangre de las generaciones cristianas; y el español ve más: ve la historia de doce siglos, toda llena de abuelos, que juntaron en uno el amor de Cristo y el amor de España, y mezclaron los himnos de sus plegarias con los himnos de sus victorias. Separar la *Iglesia del Estado*, eso se dice bien, y se hace, pero con una condición: que el Estado no tenga otro nombre propio ni la Iglesia más apellidos, pero si ese *Estado es España*, a los cuatro días de sus guerras civiles, y la Iglesia, la que tiene por Patrón a Santiago, entonces el buen gobernante debe procurar no hender el airoso árbol, no dividir con hacha fría y cruel... porque expone a que las mitades, violentamente separadas, se junten en choque tremendo y le cojan entre fibra y fibra."

Muchos otros pasajes podríamos citar que reflejan el sentimiento religioso de "Clarín". Baste, para terminar este tema, la descripción que hace de una iglesia madrileña, adonde entra la anciana doña Berta:

"En la iglesia, oscura, fría, solitaria, ocupó un rincón que ya tenía por suyo. Las luces del altar y de las lámparas le llevaban un calorcillo familiar, de hogar querido, al fondo del alma. Los murmullos de latín

del cura, mezclados con toses de asma, la sonaban a gloria, a cosa de allá. Las imágenes de los altares, que se perdían vagamente en la penumbra, hablaban con su silencio de la solidaridad del cielo y de la tierra, de la constancia de la fe, de la unidad del mundo, que era la idea que perdía doña Berta (sin darse cuenta de ello, es claro) en sus horas de miedo, decaimiento, desesperación. Salió de la iglesia animada, valiente, dispuesta a luchar por causa..."

El lector podrá ver cómo ningún ser ajeno a los sentimientos religiosos puede sentir esta profunda emoción, esta impresión tan sincera. La religiosidad de "Clarín" está bien marcada en toda su obra de la segunda época.

## II.—SU OBRA LITERARIA (CRITICA, NOVELA Y CUENTO)

“Clarín” se manifiesta crítico literario por medio de sus “ensayos” y “paliques”. Son los primeros labor del hombre estudioso, ecuanime, que refleja su pensamiento y amplia erudición tras no pocas lecturas y apreciaciones. Son los “paliques” el comentario de una publicación de actualidad, la noticia, hecha literatura y crítica a la vez, de un suceso político. El “palique” encierra una intención satírica; en cada línea aparece el crítico, con su intención aviesa, que hace objeciones punzantes; en cada línea hay un intencionado juego de palabras que son cuchillos de dos filos. El estilo de este tipo de artículos es ágil, batallador, estilo que exige la prensa. Por eso, en el ejercicio de esta profesión ha destacado los hombres de ingenio; casi nunca los eruditos.

Colaboró “Clarín” en la prensa de más circulación del siglo XIX, y sus artículos fueron elaborados con asuntos de actualidad. Si no hubiera prodigado tanto de los “paliques” y hubiese prestado especial interés a los ensayos, es seguro que el nombre de “Clarín” no provocaría tantas suspicacias y celos que hoy ocultan su nombre. De ello son autores todos los novelistas, poetas, historiadores y políticos a quienes atacó con las sátiras de sus “paliques” y que no pudieron perdonarle nunca una observación en letras de imprenta, aunque luego la acataran.

Uno de los juicios que más circulan al hablar del crítico "Clarín" es el que asegura que éste fustigaba únicamente al novel, reservando sus elogios para los escritores consagrados. Puede aceptarse como más cierto que el hombre difícilmente puede despojarse de sus pasiones, rencores, sectarismos y de otras realidades que suelen ocultarse tras la aparente severidad de su misión. En la mayoría de los casos sería necesario que el hombre dejara de ser portador de todas las pasiones terrenales para que pudiera ver con serenidad los defectos de los demás, juntamente con sus virtudes. No cabe duda que en su bachillerato como crítico, "Clarín" llegó a las estridencias más inauditas. Era el tiempo en que tenía el prurito de que su nombre literario sonara en el mundillo de las letras; era la juventud, que con su pujanza, le llevaba a redactar crónicas como las que se referían a la obra de un Pereda o de un Cánovas; era, en fin, la época que arrastraba las consecuencias de una reciente revolución, y en que la palabra libertad se había ensanchado hasta el escándalo.

En la madurez de su vida, el crítico "Clarín" vióse obligado a rectificar no pocos juicios, y entre ellos, el que había perjudicado tanto al prestigioso literato Pereda, proclamándole luego uno de nuestros novelistas más virtuosos.

Empuñó "Clarín" el cetro de la crítica y sembró con sus severidad el terror en la mayor parte de nuestros escritores. La prensa reclamó su colaboración y, como para todos era apremiante la inserción de sus artículos, escribió resmas de crítica al por menor, olvidó los ensayos y se defendió en el campo de batalla de la prensa con la coratante daga de su "palique" diario.

Las polémicas nacen en esta clase de artículos, los enemigos nacen y se engendran con esta semilla que al mismo tiempo le imposibilita para producir lo que realmente constituye lo mejor de su obra literaria: los cuentos.

Dejando a un lado pasiones, prescindiendo de la sátira de algunos "paliques", juzgamos, y creemos estar en lo cierto, si afirmamos que la crítica clariniana ha sido fructífera para el porvenir de las letras españolas. Grandes beneficios han reportado sus ataques, que contribuyeron a frenar los impulsos de literatos adocenados; mas no creemos que sus censuras hayan malogrado, como se ha llegado a creer,

ninguna esperanza de genio, pues éstos germinan sobre las ruinas de una gatalla, por dura y aniquiladora que sea. El genio se impone y subsiste ante todo; las promesas son muchas veces lucecillas que brillan un momento y se apagan para siempre.

Esta labor clariniana no cabe duda que tiene algo de heroicidad; ningún provecho aportaba a su prestigio, pero sí imposibilitaba la valiosa producción narrativa, engendrando de paso enemigos que contribuyeron a oscurecer su nombre literario.

Palacio Valdés, que antes de novelista se dió a conocer como crítico literario, se retiró atemorizado ante el fruto de sus juicios. Su intención era la de "Clarín"—el resurgir de las letras españolas—; pero su valentía no llegaba a tanto y prefirió el tranquilo género de la novela.

Dejando ya la áspera labor de la crítica, destaca visiblemente la obra narrativa de don Leopoldo Alas; y, dentro de este género, especialmente el cuento.

Si abarcamos en su integridad esta obra, podremos observar cuán distinto es el cuentista del crítico, y en seguida descubriremos tras el seudónimo de "Clarín", un hombre sensible, afectivo, sentimental.

Hay dos épocas en su producción que es necesario distinguir, así como también algunas características, originadas por su temperamento, su época y hasta cierto punto por las circunstancias geográficas.

Los comprendidos en la primera época están escritos en sus años de estudiante, en su bachillerato o sarampión de crítico mordaz. En estos cuentos, la sensibilidad y el sentimentalismo son vencidos por la sátira. Con estas notas distintivas, vemos *El Doctor Pertinax*, *La Mosca Sabia*, *El Diablo en Semana Santa*, y hasta se da la circunstancia de que aparecen publicados en su libro de crítica más severa, titulado *¡Solos de "Clarín"!*. *Don Urbano*, *Doctor Angélicus*, *Cuervo* y *El número uno* también están comprendidos en aquélla.

Por el contrario, en otras ocasiones, la acerada intención del crítico es vencida por la magnanimidad del hombre; en este caso se transparenta esa emotividad que visten y adornan *Un Viejo Verde*, *¡Adiós, Cordera!*, *Cambio de Luz*, *El Señor*, *La Reina Margarita*, etc.

En la segunda época es curioso observar cómo "Clarín" ha su-

frido una gran transformación ideológica, realizando piezas literarias tan enteras en lo que toca a la intención religiosa, como *El Señor*, tan emotivas y cariñosas como esas estampas de niños: *Rosina y Pinín*, de *¡Adiós, Cordera!*; *Tomasucho*, de *Superchería*; el niño de *El Rey Baltasar*; los de *Un Grabado*, *Pipá*, etc.

En varias narraciones, "Clarín" se detiene en medio del jugoso paisaje astur y aprisiona instantáneamente sus virtudes exalta los nobles sentimientos de sus moradores, su laboriosidad. Esa fibra emotiva coloca a su lado los animales que comparten con ellos el trabajo de cada día.

Si "Clarín" trata con ternura los personajes infantiles de sus cuentos, en los retratos de animales no va a la zaga. Véase si en la obra narrativa de cualquier autor y de cualquier época, se puede hablar otra narración tan delicada como *¡Adiós, Cordera!*, otra que iguale a *El Quin*, historia de un perro, a la *Trampa*, vieja jaca que crea atmósfera de amor y cordialidad en un ambiente campesino. Y aunque no como asunto principal, en *Doña Berta*, juega un papel importante un gato, viejo gato que la protagonista llevó desde la aldea a la Corte, encerrado en una cesta, y que muere de hambre en la trastera de una pensión, "soñando con las mariposas que no podía cazar, pero que alegraban sus días, allí, en el Arén, florido por abril, de fresca hierba, deleitable sombra en sus lindes, a la margen del arroyo que llamaban río los señores de la casa".

Ya Andrés González Blanco había observado cómo nuestros narradores trataban en sus cuentos este asunto, para nosotros muy delicado y, asimismo, muy admirado, no sólo por la sutileza, sino también por su contenido hondamente humano.

Dice González Blanco:

*El Quin*, cuento clarimiano, es una encantadora historia de un perro. En estas historias de animales domésticos, los novelistas de la escuela asturiana son maestros. Palacio Valdés tiene predilección por los perros grandes, hermosos, leales, y les ha dedicado algunas de sus mejores páginas; en *¡Solo!*, por ejemplo, su deliciosa novelita, hay algunas bellísimas dedicadas al *chucho*. Juan Ochoa, discípulo muy aventajado de "Clarín" en sus novelistas, ha escrito un hermoso poema en prosa acerca de un gato cojo."

Alguien ha querido encuadrar esta característica de la ternura en lo que se entiende por escuela asturiana.

Siendo *La Regenta* la obra magna de "Clarín", creemos imprescindible para el conocimiento de la personalidad de este autor hacer antes un pequeño análisis de ella.

En 1884 conmoviéronse todas las esferas. La publicación del primer volumen de *La Regenta* fué un escándalo y suscitó las críticas más dispares. Un padre sorprendió a su hijo leyéndola, y el muchacho se disculpó y declaró que su catedrático, el autor de la novela, la había distribuido en clase entre los veinte alumnos. Esto fué comunicado al Obispo de la diócesis, Fray Ramón Martínez Vigil.

En una pastoral, el Prelado recriminaba al catedrático; éste contestó enérgicamente desde un periódico local. Desde entonces se establecieron entre uno y otro estrechas relaciones amistosas.

En 1885 publicábase el segundo tomo de la novela.

Menéndez y Pelayo fué uno de los amigos de "Clarín, que primero recibió y leyó la nueva obra.

Copiamos a continuación una carta del 23 de febrero de 1885, dirigida por nuestro primer crítico al novelista, por la importancia de su sustancioso contenido. En ella dice:

"CONGRESO DE DIPUTADOS.—Madrid, 23 de febrero 1885.

Mi querido amigo: Perdona usted que hasta hoy haya dilatado el contestar a su muy grata, pero de fijo me ha de disculpar usted si recuerda las mil molestias y pesadeces de esta vida que llaman política, a la cual mis pecados me han traído, aunque sea por accidente. Así y todo, he leído *La Regenta* (el primer tomo se entiende), y quizás tenga usted ya noticia de la impresión que me produjo, por relación de nuestro amigo Palacio Valdés, a quien hablé de este asunto. De la totalidad de la novela mal puedo juzgar, cuando falta aún el segundo tomo, en el cual estarán las escenas culminantes de ella, pero sí puedo juzgar de las condiciones literarias y del mérito de la exposición. El estilo me ha parecido enteramente duro, y mucho más amplio y flexible que el que había usado usted en sus obras críticas. La prosa de usted ha ganado mucho en precisión, y al mismo tiempo en jugo y virtud descriptiva, haciéndose más densa y más llena de cosas. La

narración me parece magistral y el diálogo muy sabroso. En cuanto a las figuras principales, el Magistral y la Regenta, las encuentro demasiado complicadas y, por decirlo así, compuestas y menos próximas a la realidad que los personajes secundarios, en los cuales ha estado usted felicísimo, creando tipos dignos del mismo Balzac o del mismo Flaubert. Con todo (y se lo digo a usted con ingenuidad de verdadero amigo), no me acaban de parecer artísticos ciertos tonos crudos que harán, de fijo, que las gentes de Oviedo le saquen a usted los ojos. No conozco bastante aquel pueblo para juzgar de la entera exactitud moral de las descripciones de usted, pero me figuro que usted, siguiendo su natural tendencia poética y que contradiciendo el sistema realista que profesa, ha idealizado un tanto la corrupción de aquellas gentes que, según yo me las imagino, deben ser más soporíferas y vulgares que perversas. Tampoco apruebo que usted dé tanta importancia a las costumbres clericales, que rara vez pueden ser objeto adecuado de novela, sobre todo de novela de costumbres a la moderna, por lo mismo que son restos de un estado social distinto.

En conjunto, y prescindiendo de tal cual rasgo volteriano, que tampoco quisiera ver en la pluma de usted, y de la tristeza que comunica al libro la presencia de tanto cura, el libro me parece muy notable, aunque poco *naturalista*, lo cual, en boca mía, es un elogio. Pero otro sin restricciones merece usted de todo el que ame las letras desinteresadamente, y por tantos rasgos de observación y felices pinturas de costumbres, y por aquel estilo que lo dice todo con tanta plenitud y tanta fuerza. Y ve usted si he procedido con toda la franqueza que nuestra amistad reclama y que la confianza epistolar permite. No tarde usted en mandarme el segundo tomo de *La Regenta*, y acuérdesese de su amigo y condiscípulo que de veras le estima,

M. Menéndez y Pelayo."

Como bien puede verse, el juicio del insigne erudito está lejos de ser encomiástico, pero tampoco es rotundamente censurativo. Estas salvedades de Menéndez y Pelayo referentes al ambiente de la obra son lógicas e indiscutibles, ya que entre los dos mediaba una ideología diagonalmente opuesta en aquella época.

"Clarín" recibió las observaciones del maestro con el respeto que

le inspiraba su antiguo condiscípulo y, seguidamente escribía en su carta de marzo de 1885:

"Y ya que hablo de novelas, paso a dar a usted remota idea del bien que me hizo su carta, donde entre algunos reparos (demasiado pocos) hay elogios de tal índole, que bastan y sobran para volver la cabeza a quien la tenga mucho más firme que yo. Pereda, Campoamor, Galdós y otras personas cuyo juicio estimo también mucho, me han escrito en parecidos términos, y aunque yo quito de las alabanzas lo muchísimo que se debe a la amistad de todos ustedes, todavía me queda bastante para compensar los desdenes de la gacetilla y las pretericiones de ciertos críticos de semana.

"Si usted supiera (y no lo sabe ni con mucho) todo lo que para mí vale Menéndez y Pelayo, comprendería que los aplausos de usted me sonasen a pura gloria.

Tal vez en el capítulo de los peros no ha estado usted todo lo explícito que debiera, yo le agradezco de todos modos en el alma su carta, que me da tanta fortaleza.

Tiene usted razón; lo de salir el libro en dos tomos ha sido un gran perjuicio."

Nuestra opinión personal es que esta novela de "Clarín" tiene el inconveniente de reunir la minuciosa colección de los defectos que pueden observarse en una vida de provincia. Bajo el seudónimo de *Vetusta*, Oviedo aparece allí retratada con magistrales pinceladas. Nos sorprende que Eugenio D'Ors opine que la descripción de la catedral de Oviedo hecha por "Clarín" sea "significado testimonio de lo que puede ser la descripción de una catedral por un incompetente", pues ninguna de las muchas que prodigaron escritores y poetas, ha sido tan definitiva y netamente poética como la que aparece en las páginas de *La Regenta*.

Por otra parte, la novela es una galería de tipos tratados con pluma maestra. Anita Ozores es un acabado retrato psicológico. En el relato de la vida de esta mujer plasma "Clarín" situaciones y detalles que bastan para demostrar su largo y profundo alcance, su conocimiento de la vida íntima, del pensamiento, de la reacción de una

mujer. Logrado es también ese Alvaro Mesía, tipo de madura edad, Tenorio de aquella Vetusta asustadiza, con los escándalos consiguientes, que oscurecen las transparencias de otras partes. Pintado también con fuerza es don Fermín de Paz, Magistral de la catedral de Vetusta, en quien concurren varios problemas, ligados a la trama general de la novela.

La obra es extensa, pero la gama abundante de tipos pintorescos, todos bien observados, nos anuncia el gran novelista que se confirma en su segunda novela de costumbres:

#### *Su Unico Hijo.*

En 1891 publica "Clarín" su novela de este título. Está compuesta con flexible, elegante y adecuado estilo. *Su Unico Hijo* es un continuo novelar dentro de un amplio tema psicológico en el que aparecen tipos tan interesantes y acabados como Enma Varcárcel, Bonifacio Reyes y don Juan Nepomuceno.

Bonifacio es un marido libertino, que comienza a encauzarse en su verdadero matrimonio porque le ha hecho modificar su proceder un inesperado acontecimiento. Su mujer, Enma, considerada como estéril, va a tener un hijo. Todos están en el secreto de que el verdadero padre es otro. Bonifacio, ilusionado ciegamente, cree que va a ser *Su Unico Hijo*.

Hay en esta novela situaciones resueltas con gran maestría; la acción conserva una ligazón más clara que en *La Regenta*, posiblemente por los pocos personajes que en ella aparecen.

Contrastando con los delicados sentimientos de Bonifacio, está el carácter imperativo de su esposa, acabadísimo retrato de mujer *exuberante*, enferma, exigente.

Es Enma uno de los más acabados personajes. Don Juan Nepomuceno, su tío y administrador, viene a ser un esbozo de pocos pero seguros trazos, en los que se pinta al clásico y aprovechado avaro.

Desperdigadas por la novela hay situaciones de gran interés. La escena del café, en que se embriagaba Bonifacio, las solapadas visitas de Enma al teatro, etc.

El final de la novela es tan inesperado como todos los de las narraciones clarinianas.

La acción es más viva que en *La Regenta*. El autor parece haber

querido simplificar las situaciones dentro de una amplia trama para conservar el interés.

Azorín ha dicho que *Su Unico Hijo* es la mejor novela de costumbres del siglo XIX.

Del análisis de la obra de "Clarín" en relación a su época, vemos que se nos presenta un valor de primera línea; autor de páginas inmortales por su belleza y calidad artística insuperables.

campaña, allá en el monte Maranon, mirando a la ciudad que se espar-  
 cía a sus pies.  
 Dice Pérez de Ayala que "Clarín" creía que el Derecho Natural  
 era lo que "Natura enseñó a todos los seres. Y esto que la natura-  
 leza enseñó a todos los seres es el Amor. El mito del cinturón de Venus  
 nos describe una cadena mística de atracción universal. Pero en "Cla-  
 rín", el amor se transforma en emoción religiosa. Igual que Lactan-  
 cio creía que "religión" viene de "religiar" y la entendía como liga-  
 zón universal."

### III.—"CLARÍN", EN LA CATEDRA

Hemos afirmado que una de las facetas más importantes de la obra de "Clarín" era su labor como pedagogo. Hay un retrato de profesor don Leopoldo Alas que la pluma maestra de Ramón Pérez de Ayala ha diseñado, para darnos una clara idea de lo que era en la realidad el maestro y la cátedra:

"Aún estoy viendo a don Leopoldo, detrás de su gran mesa profesoral, forrada en velludo granate; encima, una gran escribanía de plata; el tintero, la campanilla, la salvadera, y el cortaplumas, relleno de bolitas de cristal verde y con sus tres plumas de ganso, teñidas de tintes radiantes, gualda, veronés y púrpura. Don Leopoldo era muy pequeñito y delgado, casi óseo, y todo nervios; una especie deavecilla, sin apenas peso de materia. El cráneo, una tanto voluminoso, en relación con la parvedad del cuerpo. El pelo de cabeza y barbas, maizeño."

En la Universidad de Oviedo explicó Derecho Natural y Derecho Romano. De sus ideas de la enseñanza mucho podría decirse. Por de pronto, en su discurso inaugural de un curso académico, decía a sus alumnos: "Partidario soy de enseñar hábitos de reflexión y no una creencia que acaso yo no tenga."

Como no era partidario tampoco de inculcar en sus alumnos el procedimiento del estudio "embotellado", don Leopoldo explicó una tarde de primavera su cátedra de Derecho Natural en medio de la

campiña, allá en el monte Naranco, mirando a la ciudad que se esparcía a sus pies.

Dice Pérez de Ayala que "Clarín" creía que el Derecho Natural era lo que "Natura enseñó a todos los seres. Y esto que la naturaleza enseñó a todos los seres es el Amor. El mito del cinturón de Venus nos describe una cadena mística de atracción universal. Pero en "Clarín", el amor se transformaba en emoción religiosa. Igual que Lactancio, creía que "religión" viene de "religar" y la entendía como ligazón universal."

La magnanimidad del maestro don Leopoldo, bien puede verse en el comienzo de aquel discurso inaugural, cuando con profundo sentimiento evocaba el nombre y ponía de relieve los méritos de aquel alumno suyo, Evaristo García-Paz, que había fallecido en aquel verano, y a quien en vano iba a llamar allí tres veces para que recogiese sus premios del curso.

#### IV—CONSECUENCIAS QUE SE DERIVAN DEL ESTUDIO DE LA OBRA DE "CLARÍN" CONSIDERÁNDOLO COMO HOMBRE DE SU TIEMPO

Hemos tratado de modo somero, por exigencias de espacio, diferentes facetas de la vida literaria y espiritual de "Clarín", para nosotros más importante que la narración cronológica de su biografía. Ninguna importancia tendría hoy, pues sobradamente conocidas son las biografías de Adolfo Posada y Juan Antonio Cabezas.

¿Qué representa "Clarín" frente al mundo intelectual de su tiempo? ¿Qué le distingue de él? ¿Qué le caracteriza y qué juicio merece de los hombres de su época? He aquí lo que interesa al ocuparnos de "Clarín".

Las primeras noticias que se tienen de la existencia literaria de Leopoldo Alas dan lugar a comentarios en los círculos madrileños, pues el joven "ovetense" se ocultaba tras el seudónimo de "Clarín", y asomaba en las columnas de "El Solfeo" con dos palmetas.

Necesitaba un renombre literario, necesitaba también un rápido procedimiento para alcanzarlo, pues diversos y no exiguos eran los valores literarios que disfrutaban de prestigio y popularidad. El joven "Clarín" se presentó en el templo de la crítica, donde nadie le había invitado, y se hizo notar por su "indumentaria" original, por su convincente y sincero pensamiento. Versaban sus artículos de la prensa madrileña sobre asunto de palpitante originalidad, pero las noticias



cuidadas y hasta lujosas ediciones. Alguien preguntará acaso el motivo, cuando en España permanece casi en el olvido su nombre y su obra? A esta pregunta sólo cabe una contestación: al extranjero no han llegado los ataques de "Clarín", y por lo tanto, no conocen más que su labor narrativa, que es apreciable, y que es maestra, que es el reflejo de un HOMBRE DE SU TIEMPO, como lo eran Galdós y Castelar.

En la personalidad de "Clarín", manifestada en las diversas facetas de su obra, que ya hemos expuesto, se aprecia una fusión de todas las corrientes intelectuales e ideológicas de su tiempo. Y es que todo estudio de un personaje histórico ha de observarse a través de las vicisitudes de la época. Ponerse de esplandas a ésta al juzgar, ya sea su mérito o desmérito, significa desconocer la verdadera esencia de la realidad ambiental que entronca en el individuo. Por eso, al examinar los posibles errores de un hombre, consideraremos si están mitigados o no por la existencia de concausas externas.

La vida de "Clarín" transcurre durante el siglo XIX, cuando entre nosotros arden llamas que, importadas del extranjero, pretenden ahogar las enraizadas instituciones patrias.

Este nuevo espíritu renovador y revolucionario proclamando el liberalismo en política y pretendiendo europeizar a España, creyendo que las causantes de la decadencia española eran nuestras ideas tradicionales y que, además, estaba apoyado por el uge que en aquel tiempo tomó la conciencia racionalista, cala en la mentalidad de las primeras figuras del siglo XIX. Por lo que no es extraño que de dichas creencias participen hombres renombrados de la España ochocentista, de lo que pueden ser un ejemplo el crítico Larra, el poeta Espronceda y el orador Castelar.

"Clarín" vivió en un mundo dominado por estas ideas filosóficas y políticas. Sus obras están infiltradas necesariamente por estas consecuencias del Iluminismo.

Para nuestra generación, hay aspectos en su obra que no podemos seguir, cuestiones que resultan completamente detonantes. Es la época, es el momento que influyen necesariamente en el individuo, pero que luego pasa y que nos trae otros jalones para orientar nuestra personalidad.

Sin embargo, como se deriva de los supuestos tratados, hemos de destacar su adhesión férrea a las ideas espirituales, encomiable más aún cuando en tantas lumbreras coetáneas a él se vieron extinguidas dentro de la corriente positivista imperante y en pleno vigor entonces.

Ya hemos indicado que, a pesar de estos pensamientos íntimos, es preciso reconocer que de la obra de "Clarín" se deducen graves consecuencias contra la religión que siempre sale de sus manos malparada. Admitimos esta actitud y su pernicioso influencia, siendo los primeros en lamentarla; sin embargo, creemos que ello no es razón para negarle el mérito de su indiscutible talla intelectual, ni aun teniendo en cuenta los defectos que se dan en toda obra humana.

El mero estudio de la mentalidad de un autor supone, aunque sea indirectamente, que ha de hacerse con relación a su tiempo. Aunque no lo queramos, la mera exposición de la misma será una labor histórica. Así la faceta literaria de "Clarín" se ve inducida por las corrientes literarias de la época y milita dentro de la reacción contra el idealismo romántico, llamada *naturalismo*, puesta entonces de moda en Europa, y basada en una observación honda, a la par que detallada, de la realidad.

El estilo literario de "Clarín" podemos calificarlo como un naturalismo con modalidad española, un naturalismo *idealista*, me atreveré a decir, sabiendo la equivocidad del concepto, ya que sus cuentos denotan cierta inclinación por las corrientes espiritualistas y sentimentales. Por otra parte, en su labor pedagógica se nota lo que las ideas de su tiempo de Institución Libre de Enseñanza aportan a la personalidad del individuo.

Un hombre aislado de su tiempo no es un retrato fiel, sino idealizado o tergiversado. La época muchas veces disminuye las dimensiones que le ha dado nuestra fantasía, o viceversa. Un hombre sólo es notable por lo que aporte a la humanidad o por la interpretación de las circunstancias que puedan concurrir en su vida. De ninguna forma podemos definir a un individuo sin conocer a los que le rodean, que pueden acaso superarle, y entonces disminuye su "personalidad intelectual"; o a los que no le superan, y entonces realzan sus méritos.

Vemos, pues, que "Clarín" es un hombre plenamente histórico, un hombre de su tiempo, reaccionando o viéndose arrastrado por las

corrientes de su época. Pero creemos, sin duda alguna, que la pequeñez disculpable de sus posibles errores no alcanza a empañar los méritos de su obra. Ya que "Clarín" profetizó muchos puntos de vista. No podemos exigirle que se haya alejado totalmente del peso de su ambiente para no dejarse influir. Hay un principio que nos dice que nada es original bajo el sol. Desdoblándolo, veremos, en la mayor parte de sus reacciones, que, junto al genio, interviene el hombre de su tiempo.

Navarro y Ledesma, uno de los enemigos clarinianos, escribía para *La Lectura* un artículo valorando a "Clarín", después de su muerte y refiriéndose a un mismo tiempo a Cánovas del Castillo:

"Los dos huecos serán más o menos grandes, como ustedes gusten; pero puede afirmarse que huecos hay. Y casi puede asegurarse que no hay quien los llene.

Hemos llegado al último extremo de la penuria intelectual, política, social, literaria. Cosa parecida no ocurre en parte alguna. Se nos van muriendo los hombres grandes y chicos, buenos y malos... y nadie los sustituye, nadis los reemplaza. Parece España entera guardarropa de cesante: se destroza una prenda, y como no hay manera de comprar otra, se echa mano de algún viejísimo arambel que en la percha quedó desahuciado <sup>un</sup> siglo antes.

¿Cuándo, Señor, cuándo podremos darnos una vuelta?"

Parece ser que en los primeros años después de su muerte, cuando se publicó, cuando los autores meditaron ante la sorpresa de la muerte de "Clarín" su valía, quisieron, si no enmendar su juicio, al menos exaltar de un modo discreto su labor. Sólo un escritor, del cual hoy ya nadie se acuerda, Luis Bonafoux, exclamaba:

"¡Yo fui el primero en alegrarme de la muerte de Cánovas; quiero ser el primero en alegrarme de la muerte de "Clarín!"

Pero dejemos los juicios y digamos con Ortega Munilla, que "los que podemos apreciar los hechos por sus detalles exteriores y conocidos, creemos que el pensador que fallece entre los montones de libros que ha estudiado o producido, entre el respeto de sus amigos que le han dedicado un amor constante y entre los ecos de la lucha que ha

promovido su insaciable amor por lo bueno y lo bello, reunirá sobre su tumba tanta oración y tanto recuerdo grato que habrá de olvidarse el estrago y fragor de la contienda. Aquellos a quienes hirió el crítico en su campaña por la perfección, irán a depositar flores sobre el sepulcro del muerto inolvidable."

Nuestra generación debe valorar de un modo ecuánime esta figura tan enraizada en las virtudes y prejuicios de su época. Nosotros, repetimos, que ya nada tenemos que ver con aquellos ataques que infirió a ciertos escritores, ni con ciertas ideas de su tiempo, y debemos exaltar, como hijos de Asturias y de España, las grandes obras de quien, siendo castellano, quiso ser asturiano, y ante todo, lo más grande que se puede ser en este mundo: ESPAÑOL.

Oviedo, 13 abril 1952.